



QUIEN NO ARRIESGA, NO GANA

Susana Ramos

Continuando con la serie de artículos sobre peculiares aventuras en la biblioteca pública, en este número publicamos un texto sobre los peligros de ser bibliotecario. Al igual que en la medicina o en la docencia (y en otras muchas profesiones), ser bibliotecario conlleva diferentes riesgos que se han de asumir día a día porque, ya se sabe, quien no arriesga, no gana...

Querid@s compañer@s del metal (del vil metal):

Aquí estoy, un día más, en pie de guerra, y frente a mis usuarios. Sí, habéis oído bien: he dicho guerra porque esto ya se está convirtiendo en una cuestión personal, y he dicho *mis* usuarios y no los usuarios porque no solo usan las instalaciones sino que me usan a mí también. Y como, hoy en día, todo es de usar y tirar, así me siento yo, cual moco en un pañuelo abandonado. ¡Qué triste! ¡Y qué asco!

En fin, qué se le va a hacer: gajes del oficio. Es lo que tiene ser bibliotecario. Como os comentaba en la edición de invierno, hacer reclamaciones de préstamos sobrepasados por vía telefónica es siempre arriesgado y tiene sus consecuencias. Pero, francamente, en confianza, entre tú y yo: la profesión de bibliotecario, por lo general, salvo excepciones, es muy, muy, pero que muy arriesgada. Y, si no, ojo al dato con esta comparativa de mercados:

Ejercer la medicina tiene el riesgo de no acertar en el diagnóstico o de que te estornuden encima y te cojas un catarro de narices (nunca mejor dicho). Ejercer la docencia tiene el riesgo de que te pongan un mote, se rían en tus narices (también) y caigas en depresión. Si eres monitor de artes marciales puedes sufrir una patadita traicionera que te cruce la cara. Si barrendero, te pasas el día entre marrones ajenos. Si bombero, apagando fuegos. Si equilibrista, en la cuerda floja. Si submarinista, pendiente de que no te falte oxígeno. Si, si, si...

Pero si eres bibliotecario te pasa todo eso y más. Vamos, que insisto: esta es una profesión de riesgo donde las haya. Pero si no arriesgas, no ganas. Porque, a ver: ¿quién no se ha visto alguna vez obligado a recomendar una lectura, no acertando en la elección, y recibiendo una tremenda reprimenda? Si es que los bibliotecarios deberíamos ser como Rappel pero en versión intelectual, es decir, que en vez de leer las cartas deberíamos leer todos los libros que pasan por nuestras manos –según creencia popular–, para poder forjarnos una vasta cultura y tener argumentos de peso para aconsejar, asesorar y hasta adivinar los variados y particulares gustos de los susodichos lectores. Claro que, yo, en mi línea, también particular, más que por Rappel, me decanto por la bruja Lola, la de los pelos rubios fritos y cuidado como alguien se me queje de que no le ha gustado el ladrillo que le he largado –la mayoría de las veces lo hago a propósito– porque le planto dos velas negras que no remonta su gusto por los libros en una buena temporada. ¡Benditas sean las velas! Tanta paz lleses como descanso dejas.

Así que yo, Dra. Súper, o no diagnóstico o, si diagnóstico, ¡chitón! Que viene la típica vieja, plasta, teniente, sobrada de tiempo y que en su vida ha leído otra



cosa que no sea el correo que llega al buzón de su casa... le largo una de Derecho Penal y, si prueba superada, seguimos hablando. Que llega un reciente jubileta, que no sabe qué hacer con su bonito tiempo y cree que aquí estamos para dar conversación, le endiño el tomo XXV de la Menéndez Pidal para que lea batallitas. Que un madurito antipático, marchando una de Solos, cortados y con (mala) leche.

Y siguiendo en la comparativa con la medicina, acaso ¿hay alguien que no haya sufrido un estornudo tipo tsunami, que no le haya dejado despeinado a la par que engominado y afectado, no solo de narices, sino también del corazón? ¡Por Dios, si no sé cómo no se le rompen las costillas a alguno después del huracanado estornudo! Yo hace ya tiempo que no me gasto en peluquerías, eh. Y luego es que ni perdón, ni disculpas, ni nada de nada. Allá tú y sus miasmas. Santa Rita, Rita, Rita, lo que se da, no se quita. Ahí te quedas, pegado de asombro y de todo lo demás.

Porque yo parece que tengo imán con los parados, jubiletas e intelectuales profundos, pues se me pegan cual lapas y me largan unos culebrones dignos de la más televisiva de las novelas.

Dejando la medicina aparte: ¿Quién, a lo largo de su carrera (en el más amplio sentido de la expresión), no se ha encontrado, no con una piedra en el camino (que también), sino con un plasta de narices (dale bola), con cuerda para rato, o con un muro de



contención, imposible de derribar, o con una patita estratégicamente entrecruzada entre las tuyas, acabando de narices (nuevamente) en el suelo? Porque yo parece que tengo imán con los parados, jubiletas e intelectuales profundos, pues se me pegan cual lapas y me largan unos culebrones dignos de la más televisiva de las novelas. Y hablando de patitas, mira que no me caigo en sitio alguno que no sea la biblioteca, lo cual empieza a resultarme sospechoso. Mis compañeros dicen que es porque recomiendo ladrillos y cuando estornudan saco el peine y canto alguna de Grease... ¡Qué tendrá que ver el tocino con la velocidad! Me caigo porque se me aflojan las canillas cuando me cruzo con determinados OSOarios. Y punto.

A ver, comparándonos con la docencia: que levante la mano el que no haya sido apodado de tal o cual manera, viéndose de narices (una vez más) frente al espejo, para constatar la realidad de los hechos, y frente al psiquiatra para superar los complejos. Y, si no, fíjate en lo que le ocurrió a mi antecesor de oficio (es que yo ocupo una plaza vacante por defunción. ¡Joder, qué mal rollo!). El pobre poseía un apéndice de antología (el nasal, se entiende). De esas narices ganchudas, tipo de la muerte del loro. Vamos, que si te descuidas te clavás el pico en el pecho y te da un “parasiempre”... Bueno, pues el caso es que, fíjate, apenas tuvo problemas con los usuarios más que con un grupillo de jóvenes imberbes. Nunca recibió apodo alguno y menos relativo a su picota, pero no había tarde en que la pandilla basura de pavos adolescentes no le señalaran la corbata y le dijeran “tienes una mancha de huevo”, y no porque la tuviera, ni para terminar con aquello de “toma, por borrego”, sino para que sufriera la

muerte del loro ipso facto. ¡Mira que es macabra la juventud! Bueno, pues, fue tal el complejo que le crearon, que unas vacaciones Don Narciso Nose (nariz en inglés), cogió los ahorros de toda una vida profesional para invertirlos en una estética y el pobrecillo, ni tiempo tuvo de disfrutar de esa soñada nariz chatunga pues, antes de someterse a la anestesia, se le ocurrió rezar un Padre Nuestro y, al inclinar la cabeza, para decir Amén, le dio el “per sécula”, quedando fiambre sobre el quirófano. Joder, para que luego digan que la profesión de los bibliotecarios es tranquila. Mira si no tiene riesgos. Visto lo visto, yo sí que tengo narices de estar aquí. Una medalla al mérito debían darme. Porque, oye, no cualquiera querría ocupar una plaza como esta, estigmatizada y con un futuro nada halagüeño.

Y ¿quién no se ha “tragado” algún marrón, ya sea metafórico u orgánico? Por respeto al prójimo voy a evitar dar detalle sobre los marrones, especialmente los orgánicos. Prefiero no entrar en materia en cuestión escatológica. Pero, vamos, que esto es como lo de las meigas, que haberlas haylas. No se ven pero las huelen. Y hasta ahí puedo leer.

Y ¿quién no ha sentido que le ha faltado el aire, metafórica o físicamente, quién no se ha visto cianótico de impotencia o no y con la yugular a punto de reventar? Porque por aquí circula mucho tenor que va cantando la Traviata, eh. Y ¿quién no se ha quemado, de aquella o de esta manera, en alguna situación? Y ¿quién no se ha visto en la cuerda floja, por ser interino o, en el mejor de los casos, porque siendo ya funcionario no llegas a fin de mes?

Resumiendo: o te das de narices, o te caes sobre ellas, o te las tocan, oye. Vamos, que como dice el anuncio, “va de narices”. Así que yo, en plan fetiche, no me separo del Utabón. Y ya tengo previsto, en breve, sustituir la cartera, con el donut y los papeles, por un botiquín de mano: con la Paroxetina, el Utabón de las narices, los guantes de cirujano para el préstamo-devolución-colocación de los documentos, el spray anti ácaros, las Juanolas de menta-regaliz para los que padecen del estómago (por decirlo finamente), el Rexona que nunca abandona; el ambientador para renovar el aire del wc porque, como en casa de Pablito, parece que aquí todo el mundo quiere hacer kk. ¡Ah! Y lo más importante, las tiritas “pa’ este corazón partió”.

En definitiva: la nuestra es una profesión arriesgada. Pero si no arriesgas, no ganas. ▴